

# EL OUDIO Y LA VIOLENCIA

**E**L odio y la violencia están entrando a fraudales en la vida política española. Cierta es que, a pesar de todo, no hemos alcanzado aún el "climax" de otros países europeos —y no hablemos de los de fuera de Europa—, y no aceptamos de ninguna manera la tesis, brillantemente sostenida por algunos profesores liberales, y sin embargo fanáticos, de que el español es un ser nacido para la violencia (Sánchez Albornoz, Madariaga). No hay más que volverse a la última guerra mundial para saber de qué son capaces los países civilizados, los países de los que inventan. Pero el problema no es meramente comparativo. Podría decirse, haciendo paráfrasis de una oración desesperada y tonta, "que se maten ellos". Lo que importa es esta irrupción de crecimiento acelerado de la violencia. Y del odio.

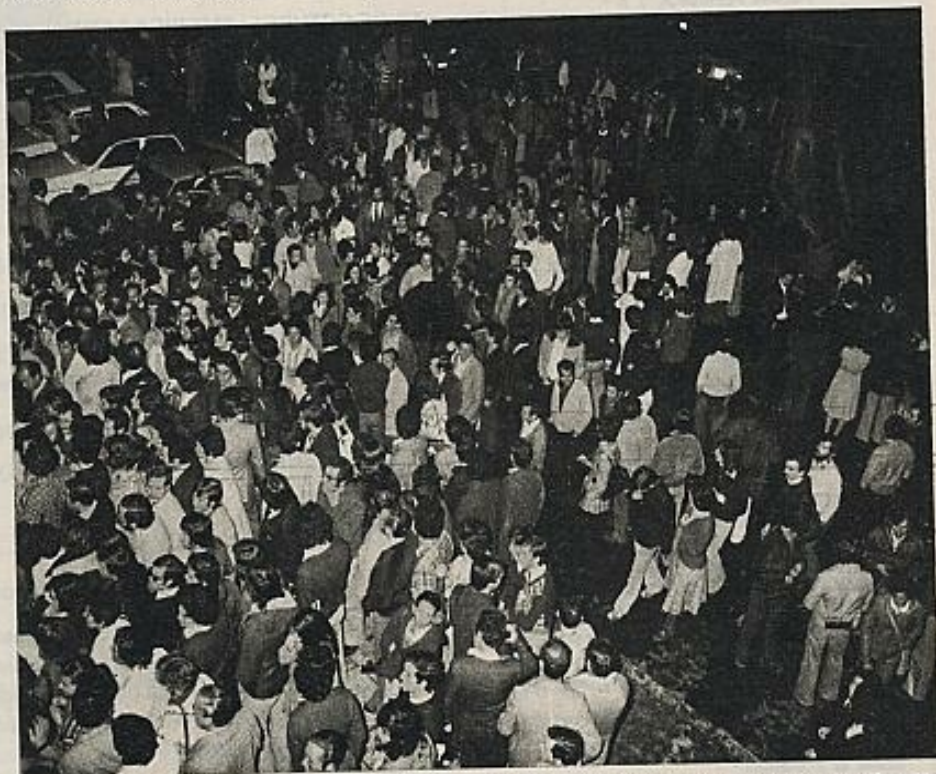
**E**STABAN, sin duda, agazapados. Estaban contenidos, pero al mismo tiempo alimentados. No se ha sabido acabar con el odio y la violencia que se multiplicaron en nuestro país en la guerra civil, y que procedían de una guerra civil fría —a veces, caliente— de siglos anteriores. No se está sabiendo acabar ahora. El saldo teórico de una situación política no está siendo acompañado por el saldo práctico, en la vida real. Cierta que el Gobierno, que está teniendo muchas más iniciativas que la oposición, ofrece con alguna lentitud, pero con aspecto de firmeza, más coherencia que antes. El pase a la reserva de los generales De Santiago e Iñesta tiene su cariz, aunque, como siempre, se haga con discreción. No importa.

**S**IMULTANEAMENTE, el Gobierno está dejando de hacer otras cosas que tiene anunciadas. Y que deberían ser inmediatas. Una es la reforma sindical: no parece que la supuesta oposición del general De Santiago desde el seno del Gobierno sea la única importante, puesto que la pluralidad sindical no llega. Y aun teniendo en cuenta que esa reforma sindical ha sido ya previamente criticada de una manera negativa por los sindicalistas no verticales, a los que ha sido dada a conocer por el Ministro.

**T**AMBIEN ha dejado de hacer el Gobierno esta semana la reforma económica. La elevación del salario mínimo tiene un carácter de concesión de urgencia ante la presión de la carestía de la vida y la gran inquietud laboral, pero no es suficiente. Cierta que la única reforma posible es la que trate de un nuevo reparto de la riqueza —y de la pobreza— de la nación sobre bases más justas. Pero ello está ligado a una reforma política. El debate sobre si la economía prima sobre la política o viceversa, no pasa de ser académico: ambas materias están estrechamente relacionadas entre sí, y son prácticamente una. Como cuando se pretende que el sindicalismo es algo distinto a la política. Política es también sindicalismo, y es una dirección económica y una administración de los bienes de la nación, que van desde los aristocráticos cerrados —incluyendo, naturalmente, la aristocracia de clase, o de nueva clase— a los regímenes de gestión

directa, de colectivización, de socialización de los centros de producción. No se trata ahora de analizar la validez de los distintos regímenes políticos, sino de entender bien que cada uno de ellos responde a una situación económica determinada. El Presidente Suárez ha explicado ya alguna vez la relación entre reformas políticas y reformas económicas. El sabe, sin duda, cuál es la urgencia del momento económico —y, por lo tanto, social: esto es, laboral, sindical— y cuál es la lentitud de sus reformas de toda índole. Su gran problema se entiende fácilmente.

**P**ERO, a todo esto, el odio y la violencia, repitamos, se han introducido de lleno en la vida política y pública española. Es algo que hay que atajar. El Gobierno tiene la obligación de mantener el orden público: pero también tiene la obligación de crearlo. Son cosas muy



Ante el funeral por Carlos González, asesinado por un "comando anticomando" según la calificación oficial.



Una de las manifestaciones del 1 de octubre en Madrid: Se había convocado una jornada de lucha.

distintas. Crear el orden público no es oponer las fuerzas de policía a los manifestantes: es crear las condiciones por las cuales los manifestantes no salgan a la calle, crear los cauces de expresión abundantes y necesarios para evitar los enfrentamientos. La violencia engendra violencia, el odio engendra odio.

**H**ASTA hace unos días, desde las fuentes gubernamentales no ha mandado un discurso tranquilizador. Ha comenzado a serlo desde que este Gobierno tomó posesión. El anterior, por la brusquedad del señor Fraga y de algún otro ministro, por los arcaísmos del señor Arias, blandió siempre la amenaza. El señor Suárez y sus ministros están teniendo otro talante, dentro de lo posible. Es cierto que su margen de maniobra es muy estrecho, y ellos mismos contribuyen a reducirlo más con su falta de decisión para arrancar medidas que pudieran ser trascendentales. No es momento de palabras, pero tampoco es momento de permitir que la violencia continúe estando en la calle.

**E**L problema desborda al Gobierno: desborda también a la oposición. La oposición organizada —más o menos— no desea en estos momentos violencias de ninguna clase, que podrían servir de pretexto para una llamada al orden por

medios más duros, que probablemente destruirían la capacidad de convivencia por muchos años, y es la convivencia la que se está buscando. Sabe que de una manera artificial y prefabricada van a caer sobre ella todos los desórdenes, porque los medios de expresión en su mayoría tienen esa tendencia. Es lógico que el Gobernador de Madrid anuncie el fracaso de la "jornada de lucha": no lo hace para apuntarse un tanto o por un grito triunfalista, sino para evitar que a su derecha salgan voces instando a más represión.

**Y** no es, naturalmente, la represión lo que a estas horas se está necesitando, sino la comprensión, el diálogo, el entendimiento. El desbordamiento de la oposición y del Gobierno, de éste porque no acaba de dar satisfacciones a las necesidades de la vida nacional, de aquélla porque no se le han permitido los me-

canismos adecuados para actuar sobre la opinión pública.

**T**ODOS los llamamientos a la calma y al orden, en estos momentos, son pocos. Una razón sencillísima es que en una prueba de fuerza, los demócratas lo tienen todo que perder. Otra es la de que la existencia de provocadores es cada vez más amplia y eficaz. El asesinato del joven estudiante don Carlos González Martínez puede no ser fruto únicamente del odio; esa violencia está calculada para producir unas reacciones, que no podían dejar de faltar, y aducirlas entonces como la imposibilidad de diálogo.

**H**AY que desterrar de la vida nacional la violencia y el odio. Han primado demasiado en los últimos años, en los últimos siglos: y si hay un combate político justo, una bandera a la que engancharse, es ésta de la reforma profunda de la nación, para que todo transcurra por unos cauces organizados.

#### NOTA AL CIERRE

Terminada ya esta edición, nos llega la noticia del asesinato de don Juan María de Araluce y cuatro personas más: con ello cobran mayor sentido las líneas precedentes. Con más tiempo, otras páginas de esta edición hubieran recogido también esa acción execrable, y nuestra condena habría sido más patente: quede aquí constancia de la rotundidad de nuestra repulsa por ese y por todos los asesinatos que se pretenden políticos.